

vos, como decía la cocinera del difunto Lúculo; tomarlo ó dejarlo; si hay que echar por tierra dos hombres al paso, es preciso decirme, Mr. Gibassier, ó milord Gibassier, ó señor conde Gibassier, los derribaré.

— Pues bien, sea, los derribaré, dijo resueltamente mi compañero.

— Bien, dije, sois digno de la libertad, y os la daré.

— Contad con mi reconocimiento, caballero.

— Llamadme mi general, y no hablemos más de ello; en cuanto al reconocimiento, volveremos á hablar de él en riberas más afortunadas. Entretanto, ved aquí de lo que se trata. ¿Veis bien esta hierba?

— Sí.

— Me la ha dado una amiga, y voy á partirla con vos. Y le ofrecí la mitad, diciéndole solamente:

— Que mi alma sea separada del cuerpo si no os devuelvo vuestra libertad.

— Pero ¿qué hierba es esta? preguntó Gabriel.

— Es una hierba maravillosa, con la que vais á frotaros el cuerpo. Apenas vuestra carne sienta el contacto de esa hierba bienhechora, cuando veréis salir de todas partes centenares de botones del color de las rosas de Bengala. Esto, al principio, os incomodará un poco, después mucho, y al fin, de una manera insoportable, que sin embargo, será preciso soportar.

— Pero ¿cuál es el objeto de esa fricción?

— Es, mi querido amigo, el daros la apariencia de que padecéis una de esas enfermedades *cutáneas*, erisipela ú otras, cuyos nombres científicos no recuerdo, á fin de ser enviado al hospital. Una vez allí, estáis salvado, mi buen amigo.

— ¡ Salvado !

— Sí, soy íntimo amigo de uno de los enfermeros del hospital, habladle de mí, y aguardad pacientemente.

Sé muchas cosas, mi querido Gibassier, interrumpió M. Jackal: pero aun no sé cómo, aun con la ayuda de un enfermero, se puede uno escapar de la enfermería, guardada por todo un puesto.

— Sois tan impaciente como el ángel Gabriel, Mr. Jackal, repuso Gibassier. Tened un poco de paciencia, y en cinco minutos sabréis el desenlace.

— Eso es lo que hago, dijo Mr. Jackal llenando su nariz de tabaco, y ya veis que me parece que doy pruebas de tener esa paciencia que me recomendáis, convencido de que siempre hay algo que aprender con vos, mi querido Mr. Gibassier.

— Sois muy bueno, Mr. Jackal, dijo el narrador. Y continuó.

CAPÍTULO VIII.

LA HIEDRA Y EL OLMO (CONTINUACIÓN).

— Frotóse Gabriel tanto y tan bien, que á las dos horas estaba cubierto de granos de la cabeza á los pies.

Se le envió al hospital.

Era justamente la hora de la visita. El médico le declaró atacado de una erisipela de las más malignas.

Al día siguiente del en que Gabriel había entrado en el hospital sufrió yo un ataque de epilepsia tan espantoso, que los facultativos me declararon desde luego hidrófobo, y me enviaron también al hospital.

En vano protesté, en vano invoqué el testimonio de mis camaradas, afirmando que yo nunca había intentado morderles; fui arrastrado por fuerza al hospital, y frotado como cataléptico.

Yo tenía el aire furioso; estaba encantado.

Mi amigo el enfermero estaba prevenido de antemano: como él estaba sin hierros, iba y venía á su gusto; esto quiere decir, que iba de mi lecho al de Gabriel, y del lecho de Gabriel al mío.

Todo para llevarnos palabras que nos animasen.

Una mañana, el buen hombre vino á anunciarme que todo estaba pronto, y que desde aquella misma noche podíamos huir.

El día se pasó en convenir sin afectación en nuestros hechos y gestos.

Conocéis, al menos por haberlo oído decir, la distribución de las salas del hospital. Á la extremidad de aquella en que se nos había colocado á Gabriel y á mi, se encontraba una piececita que servía de depósito de los muertos.

Mi enfermero era el depositario de la llave de aquella sala, que nunca se abría más que para dar entrada á los cuerpos de los presidiarios que morían.

Podíamos, pues, llegada la obscuridad, introducirnos en aquella sala.

Los únicos muebles que la adornaban y la hacían semejante á un anfiteatro de disección, eran las mesas de mármol negro, sobre las que se tendían los cadáveres; bajo una de estas mesas habíamos hecho el enfermero y yo un agujero, por el que con las sábanas de nuestros lechos podíamos bajar á los almacenes subterráneos que pertenecían á la marina.

Llegada la hora, y durante el sueño de nuestros cama-

radas de dormitorio, Gabriel, que estaba más próximo á la puerta, bajó de su lecho el primero, y semejante á una sombra se dirigió lenta y vaporosamente hacia la sala de los muertos.

Seguíle yo de cerca.

Por desgracia, aquel día se había depositado sobre una de las mesas el cuerpo de uno de los veteranos del presidio; el desgraciado Gabriel, que aun tomaba los muertos por lo serio, tuvo la mala suerte de poner á tientas la mano sobre el cadáver, en vez de ponerla sobre el mármol.

Apoderóse de él un miedo espantoso, de modo que estuvo á pique de descubrirlo todo; felizmente, al grito que dió adiviné lo que pasaba, y á tientas á mi vez, después de haberle llamado inútilmente, le descubrí de espaldas contra la pared, temblando de terror.

— En marcha, amigo mío, le dije, todo está pronto, marchemos.

— ¡ Oh! es horrible, exclamó.

— ¡ El qué? le pregunté.

Me refirió lo que acababa de pasarle.

— Vamos, nada de enternecimientos poéticos, le dije; no tenemos ni un minuto que perder, desfilemos.

— Imposible, me faltan las piernas.

— ¡ Mil rayos! eso es horroroso, porque es casi imposible que os pase para huir.

— Partid solo, mi querido Mr. Gilbassier.

— Nunca, mi querido Mr. Gabriel.

Y marchando hacia él, le obligué á acercarse al agujero, agarrarse á la sábana, y le bajé como vos mismo habéis bajado aquí hace un momento.

Bajado él, aseguré una de las puntas de la sábana al pie del hierro de la mesa, y bajé á mi vez.

Estábamos, como he dicho, en los almacenes de la marina, situados en el piso bajo del edificio, cuyo primer piso ocupa el hospital.

Encendí una linterna y me puse á buscar una losa, sobre la que mi enfermero había trazado una letra con tiza, y bajo la cual había debido ocultar dos disfraces completos.

Encontré la letra escrita con tiza, que era la letra G. Aquella delicada atención de mi enfermero me hizo derramar una lágrima de enternecimiento que cayó como un homenaje al reconocimiento, sobre la primera letra de mi nombre. Levanté la losa, y vi un uniforme completo de gendarme con equipo y peluca.

— ¿ Uno solo ? preguntó Mr. Jackal.

— Uno solo.

Allí era donde yo me reservaba tantear á mi camarada. Aparenté ponerme desesperado.

— ¿ Un solo traje ? exclamé, ¿ uno solo ?

Gabriel estuvo sublime.

— Ponéosle y partid, me dijo.

— ¿ Partir ? ¿ y vos ?

— Yo me quedaré aquí para expiar mi crimen.

— Vamos, dije, sois un buen compañero. No tenía para llevar á cabo mi plan necesidad de más de un traje de viaje, dos me hubieran estorbado mucho ; pero queria ver hasta qué punto un amigo podía contar con vos ; ayudadme á vestirme, si no os humilla demasiado el ser ayuda de cámara de un gendarme.

— ¿ Y yo ?

— Vos os quedáis como estáis.

— Con este traje ?

— Sí. ¿ No comprendéis pues ?

— No.

— Entonces, dejadme ataros las manos.

— Comprendo menos cada vez.

— Soy un gendarme, vos sois un forzado que se le traslada de este presidio á una prisión cualquiera ; bien hallaremos el nombre de una prisión ; qué diablo, prisiones no faltan en Francia ; al amanecer, salimos el uno conduciendo al otro.

— ¡ Ah ! dijo.

Habia comprendido.

Permanecimos ocultos en los almacenes, y al día siguiente al amanecer, luego que el cañón anunció que se había abierto el puerto, nos dirigimos mi prisionero y yo hacia la reja del arsenal.

Acababa de ser abierta ; los obreros de la marina llegaban en tropel. Abrí para Gabriel y para mi paso por medio de ellos, y pasamos la reja sin obstáculo.

El pobre Gabriel temblaba de pies á cabeza.

En menos de diez minutos habíamos atravesado la ciudad, y tomábamos el camino de Beausset.

Á algunos tiros de fusil de Tolón, entramos en un bosque. Apenas habíamos dado en él algunos pasos, cuando tres cañonazos disparados con intervalos iguales, anunciaron á los habitantes de Tolón y de las aldeas vecinas que acababa de tener lugar una evasión. Nos metimos en lo más espeso del bosque. Nos cubrimos con ramas y helecho, y permanecimos inmóviles aguardando la noche, para atravesar á Beausset.

Por fortuna, una lluvia copiosa vino á caer justamente en el momento en que los gendarmes comenzaban á registrar el bosque. Llegados á veinte pasos de nosotros, comenzaron á echar pestes tan cruelmente contra la intemperie de la atmósfera, que casi nos pareció seguro que

iban á abandonar las pesquisas á que se entregaban para refugiarse en la taberna más próxima.

En efecto, no volvimos á oír hablar de ellos en todo el día.

Á eso de las ocho de la noche volvimos á emprender nuestro camino; pasamos á Beausset, y por la mañana á las cuatro habíamos llegado á la intrincadísima selva de Cuges.

Estábamos salvados.

No necesito deciros, mi buen Mr. Jackal, los diversos incidentes en que abundó nuestro camino desde la selva de Cuges hasta aquí. Tenéis demasiada experiencia para figuraros que caminábamos por senderos de flores. Hemos llegado sanos y salvos, lo que es lo principal, y estáis viendo, que á pesar de unas cuantas cuchilladas y una caída de cien pies, ó cerca, en un pozo, me encuentro maravillosamente.

— Es maravilloso, querido Mr. Gibassier.

— ¿No es verdad que sí?

— Es decir, que si yo fuera prefecto de policía os daría un diploma de evasión y una recompensa regular; por desgracia, no lo soy; y si mis simpatías de artista son lisonjeadas, mi opinión de inspector de la seguridad pública las combate con tanta energía, que os confieso que aun no sé á quién pertenecerá la victoria. Esto probablemente dependerá de vuestra sinceridad. Permitidme, pues, continuar mi interrogatorio, aunque no sea más que para experimentar lo que decía Carmañola, y para ver, si como dice el refrán, la verdad está en el fondo del pozo.

Tened, pues, á bien principiar por decirme, querido Mr. Gibassier, cómo os encontráis aquí.

— Me encuentro muy mal, Mr. Jackal, dijo Gibassier

equivocando el sentido de las palabras de Mr. Jackal; y si no fuera por el honor de vuestra compañía...

— No es eso. Os pregunto ¿por qué causa estáis aquí?

— ¡Ah! sí, ya comprendo. Pues bien, mi buen Mr. Jackal, acababa de heredar una suma de 5.000 francos.

— Es decir, que acababais de robar una suma de 5.000 francos.

— Tan cierto como que sois mi salvador, no los había robado, Mr. Jackal; al contrario, los había ganado lealmente, trabajosamente, con el sudor de mi frente.

— Entonces ¿sois vos quien habéis trabajado en el negocio de Versailles? Os había reconocido en la manera hábil de dejar la puerta cerrada.

— ¿Á qué llamáis el negocio de Versailles? preguntó Gibassier llamando á su socorro el aire más inocente que pudo tomar.

— ¿Qué día habéis llegado á París?

— El domingo de Carnaval, Mr. Jackal, justamente á tiempo para ver pasar el buey, que este año era magnífico. Dicese que ha sido criado en los pastos abundantes del valle de Auge. Esto no me admira: el valle de Auge está en una magnífica situación, abrigado de un lado por...

— Dejemos el valle de Auge si os es igual.

— Con mucho gusto.

Veamos ahora ¿cómo habéis pasado el domingo de Carnaval?

— Bastante alegremente, Mr. Jackal; hemos hecho, con algunos amigos que hemos encontrado en París, algunas locuras muy buenas.

— ¿Y el lunes?

- El lunes lo he pasado en hacer visitas.
- ¿ En hacer visitas ?
- Sí, Mr. Jackal, algunas visitas oficiales, y una visita de digestión.
- ¿ Habláis del día ?
- Sí, Mr. Jackal, hablo del día.
- ¿ Pero la noche ?
- ¡ La noche !
- Sí.
- ¡ Diablo !
- ¿ Qué hay ?
- Es verdad, dijo Gibassier como si hablase consigo mismo, nada puedo negar á mi salvador.
- ¿ Qué queréis decir ?
- Me pedís que levante para vos el velo espeso de mi vida privada ; voy á levantarlo. El lunes á las once...
- Inútil. Pasemos sobre los misterios de vuestra vida privada, y continuemos.
- No deseo otra cosa.
- ¿ Qué habéis hecho en la mañana del martes de Carnaval ?
- ¡ Oh ! me he entregado á un placer muy inocente ; me he paseado en la plaza del Observatorio con una nariz fingida.
- ¿ Pero teniais una razón para pasearos por la plaza del Observatorio con una nariz fingida ?
- ¡ Desdén ! ¡ desprecio ! ¡ misantropía ! nada más. Había estado por la mañana mirando pasar las máscaras por los boulevares. Las he encontrado lastimosas. ¡ Ay ! uno de nuestros antiguos usos que va á desaparecer, Mr. Jackal. No soy ambicioso ; pero si fuera solamente prefecto de policía...

- Dejemos eso y vengamos pronto á la noche del martes de Carnaval.
- ¡ Á la noche del martes de Carnaval ! ¡ Ah ! Mr. Jackal, ¿ queréis que de nuevo levante el denso velo de mi vida privada !
- ¿ Habéis ido á Versalles, Gibassier ?
- No lo niego.
- Mr. Jackal dejó vagar sobre sus labios una sonrisa indefinible.
- ¿ Qué ibais á hacer á Versalles ?
- Á pasearme.
- Vos á pasearos á Versalles ; ¡ vos !
- Qué queréis, Mr. Jackal, amo ese sitio, todo lleno de recuerdos del gran rey ; aquí, una fuente, allí un grupo.
- ¿ Pero no estabais solo en Versalles ?
- ¡ Eh ! ¿ pues quién está absolutamente solo sobre la tierra, mi buen Mr. Jackal ?
- No me sobra el tiempo para perderlo en escuchar vuestras necedades. Gibassier, ¿ sois vos quien habéis dirigido el rapto de la joven del colegio de Mad. Desmarts ?
- Es verdad, Mr. Jackal.
- ¿ Y en recompensa habéis recibido los cinco mil francos en cuestión ?
- Bien veis que no los he robado, porque en fin, si no estuviera condenado á galeras para siempre, tenia lo menos para veinte años más.
- ¿ Qué ha sido de la joven, una vez en manos de Mr. Loredán de Valgeneuse ?
- ¡ Ah ! ¿ sabéis pues ?...
- Os pregunto, qué ha sido de la joven, después que Mlle. Susana os la entregó.

— ¡ Ah ! Mr. Jackal, si Mr. Delaveau os perdiere, ¡ qué pérdida para él y para la Francia !

— Os pregunto, ¿ qué ha sido de aquella joven, Gibassier ?

— En cuanto á eso, lo ignoro completamente.

— Cuidado con lo que decís.

— Mr. Jackal, á fe de Gibassier, la hemos puesto en un carruaje, el carruaje partió, y nunca hemos oído hablar más de ella. Espero que aquellos jóvenes sean felices, y que por consiguiente habré contribuido por mi parte á la felicidad de dos de mis semejantes.

— Y vos, ¿ qué os habéis hecho desde ese día ? ¿ Lo ignoráis también ?

— Me he hecho económico, mi buen Mr. Jackal, y sabiendo que la llave de oro abría todas las puertas, he buscado el medio de crearme una posición honrosa, en medio de esta inteligente y laboriosa ciudad de París. He pasado revista á todas las profesiones, y no he encontrado más que una de mi gusto.

— ¿ Se puede saber cuál ?

— La de agente de cambio. Desgraciadamente no tenía los capitales necesarios para comprar, fuese un cuarto ó un medio ; pero para estar pronto á todo acontecimiento, en el caso en que la Providencia, como dice el pobre Gabriel, fijara en mí los ojos, iba todos los días á la Bolsa á iniciarme en los misterios de la gran obra. Comprendí el agiotaje, y me avergoncé de haber robado tan mal toda mi vida, al ver cuánto más fácil era ganarse la vida de esta manera. Hice, pues, conocimiento con muchos agiotistas distinguidos, que reconociendo en mí una perspicacia poco común, pronto me hicieron el honor de consultarme sobre la alza y la baja, dándome una pequeña parte en sus beneficios.

— ¡ Y esas consultas os salieron bien ?

— Es decir, mi buen Mr. Jackal, que en un mes realicé treinta mil francos, el doble, el triple, el cuádruplo de lo que había ganado en toda mi trabajosa vida, y una vez á la cabeza de esta pequeña fortuna, me hice hombre honrado.

— Entonces debéis estar reconocido, dijo M. Jackal sacando de su bolsillo avios de encender, y encendiendo una pequeña linterna que siempre llevaba consigo, y que alumbró el fondo del pozo, de modo que pudo, en efecto, reconocer al penitente Gibassier, todo manchado de fango, todo cubierto de sangre.

CAPÍTULO IX.

POR DÓNDE HABÍAN PASADO LOS SESENTA HOMBRES QUE
BUSCABA MR. JACKAL.

Permaneció Mr. Jackal un instante en contemplación delante del penado.

Experimentaba una satisfacción visible, una satisfacción de artista, al encontrarse con los cuatro ases en la mano, enfrente de aquel hábil jugador.

— En efecto, dijo, está bien vuestro noble rostro, Gibassier ; los años han pasado sobre vuestra frente como sombras ligeras, sin dejar huella alguna ; y á propósito de sombras, hacedme el gusto de coger esta luz y alumbrarme ; tengo que escribir una palabra urgente.

Cogió Gibassier la linterna ; Mr. Jackal sacó un libro de memorias de su inagotable bolsillo, desgarró una hoja, y

se puso á escribir sobre su rodilla, con ayuda de un lápiz, diciendo á Gibassier que continuase su relación.

— La continuación de mi historia es lúgubre, dijo el penado. Siendo rico, he tenido amigos; teniendo amigos, he tenido enemigos. La fortuna reunida á costa de mis sudores, me ha hecho que se fijasen en mí las miradas de todos los desheredados, de modo que ayer noche, en el momento en que volvía de casa de mi banquero, he sido cogido por el cuello, derribado, asesinado, despojado, y finalmente, precipitado en el pozo, donde acabo de tener el honor de volveros á encontrar.

Levantóse Mr. Jackal, prendió con un afiler el papel sobre el que acababa de escribir sus instrucciones, al extremo de la cuerda, y gritó á sus polizontes:

— ¡Tirad!

El papel marchó como una mariposa, del fondo del pozo á la superficie de la tierra, y la cuerda, descargada de su ligero fardo, volvió á bajar rápidamente.

Uno de los polizontes fué debajo de un reverbero, y leyó:

« Voy á enviaros un individuo, que lo guardaréis preciosamente, porque vale tanto oro como pesa.

» Una vez el individuo en manos de cuatro de vosotros, que le conduzcan al hospital y le guarden de vista, volveréis á bajarme la cuerda. »

— Vuestra historia es muy tierna, querido Mr. Gibassier, dijo Mr. Jackal al ver que volvía á bajar la cuerda; pero después de las horas borrascosas que habéis pasado, debéis necesitar reposo. Las noches están frescas, aun en este tiempo; permitidme que os ofrezca un abrigo más seguro, un alojamiento más higiénico.

— Sois mil veces bueno, Mr. Jackal.

— No hay tal cosa, eso es corriente entre antiguos conocidos.

— Entonces, es con condición de revancha.

— ¿Os pesa ya el reconocimiento?

— Tal vez, dijo filosóficamente Gibassier, es más difícil recibir un servicio que hacerlo.

— Los antiguos han escrito muy bellas cosas respecto á eso, Gibassier; pero mientras que en otra parte reanudamos esta interesante conversación, arreglaos para átaros lo más sólidamente posible con esta cuerda; sabéis dónde os aprieta el zapato, y á vos toca acomodaros lo mejor que podáis.

Gibassier hizo un nudo corredizo al extremo de la cuerda, colocó sus dos pies en la lazada, agarróse con las manos á la cuerda, y gritó:

— ¡Tirad!

— Buen viaje, mi querido Mr. Gibassier, dijo Mr. Jackal siguiendo con vivo interés una ascensión, que dentro de pocos instantes iba á hacer él.

— Bien, dijo al verle desaparecer fuera del pozo.

En seguida, alzando la voz:

— Enviadme al instante la cuerda, gritó, comienzo á encontrar el suelo húmedo.

Volvió á bajar la cuerda, Mr. Jackal pasó el gancho por su cinturón, se aseguró de que los clavillos estaban bien seguros, gritó por la tercera vez: ¡Tirad! y comenzó la ascensión á su vez. Pero apenas había llegado á la altura de diez metros, cuando gritó:

— ¡Alto!

— La cuerda, obediente, se detuvo.

— ¡Uf! dijo Mr. Jackal, ¿qué diablo veo allí?

En efecto, le era difícil darse cuenta de lo que veía; ¡bajo aspecto tan fantástico se le presentaba!

Á través de una enorme grieta practicada en la pared del pozo, se hundía la mirada de Mr. Jackal bajo bóvedas sombrías como las de una cantera cortadas en grandes porciones de sombra y de luz.

Aquella luz procedía de una docena de antorchas fijas en los pilares de una especie de encrucijada, é iluminaban una reunión de unos sesenta hombres.

La asamblea tenía lugar á unos doscientos pasos de Mr. Jackal.

Aquellos hombres parecían reunidos para un negocio de la más alta importancia, porque se estrechaban en derredor de un orador, que hablaba con fuego y gesticulaba con vehemencia.

— ¡ Toma ! ¡ toma ! ¡ toma ! dijo Mr. Jackal.

En seguida, después de algunos segundos de contemplación :

— ¡ Dónde diablo están esos hombres, y qué hacen allí ? se preguntó el jefe de policía.

Y en efecto, así iluminados por el reflejo de los antorchas, si no hubiera sido por el traje moderno, se les hubiera tomado por los hechiceros de la balada celebrando un aquelarre.

Sacó Mr. Jackal de su bolsillo un antejo, obra maestra del ingeniero Chevallier, que en su mayor extensión llegaba á seis ú ocho pulgadas de largo, antejo que siempre llevaba consigo, y lo asestó al singular espectáculo que tenía delante de los ojos, intentando adivinar de qué se trataba.

Gracias al reflejo de las antorchas y á la perfección de su antejo, pudo ver Mr. Jackal, que la fisonomía de todos los individuos que componían el nocturno conciliábulo expresaba el gozo más completo. Todos estaban en la actitud en que están los miembros de una asamblea cuando un

orador célebre pronuncia un discurso simpático, con el oído atento, la mirada fija en el personaje que discurría con los labios entreabiertos, expresando todos los semblantes la atención más sostenida, y aquella atención, como acabamos de decirlo, parecía elevarse por grados hasta el más completo gozo.

Sea que la voz del orador fuese débil, sea que hablase bajo con intención, sea que la distancia á que Mr. Jackal se encontraba del grupo fuese demasiado grande, el hecho es, que por más atención que prestaba y por más fino y ejercitado que tenía el sentido del oído, aun no había podido oír, después de cinco minutos de atención, una sola palabra de lo que se decía en el grupo misterioso.

Por lo demás, una parte de aquellos personajes le parecía á Mr. Jackal que no le era completamente desconocida ; sin embargo, se hubiera visto muy perplejo para dar un nombre á aquellos rostros, y hasta para asignar una profesión cualquiera á ninguno de los que tenía delante de los ojos.

Vestidos casi uniformemente, con grandes redingotes negros ó azules abotonados hasta la barba, el labio superior casi generalmente sombreado por un largo bigote espeso y encanecido, no era difícil, para un fisonomista como Mr. Jackal, reconocer en ellos antiguos militares.

Los que no tenían bigotes (el número era menor), los que no tenían bigotes, aun cuando afectasen las mismas exterioridades que sus compañeros, eran simplemente pacíficos vecinos, y la placidez de sus rostros, que no podía disimular el entusiasmo que sentían, atestiguaba suficientemente sus poco belicosas profesiones.

Mr. Jackal había visto seguramente á este honrado tendero de la calle de San Dionisio, al umbral de su puerta,

sonriendo á los pasajeros, intentando atraer parroquianos á su almacén, con una mirada afable y una apostura llena de atractivos.

Había visto al otro en una antecámara cualquiera, con la cadena al cuello como portero, ó con la cadena al pie como pretendiente; en fin, ninguno le era enteramente extraño; pero tampoco ninguno particularmente conocido.

Mas lo que aun conocía menos que los personajes, era la decoración del teatro.

Agarrémonos á la cuerda de Mr. Jackal, que es bastante sólida para sostenernos á los dos, y aun á los tres, querido lector, y tratemos de reconocer la misteriosa y fúnebre localidad donde pasa la escena que tenemos que referiros.

¿Habéis pasado alguna vez, queridos lectores, por el Mercado de los vinos, y habéis tenido la curiosidad de inspeccionar uno de aquellos largos túneles que se llaman cuevas?

Al mirar desde una puerta á la otra, y al ver la luz al otro extremo de aquellas bóvedas gigantescas, parece que se deben emplear horas en recorrer aquella inmensa y tenebrosa galería que os separa del punto luminoso que divisáis; pues bien, la decoración que Mr. Jackal tenía delante de los ojos, representaba uno de esos inmensos subterráneos que terminan en una especie de enrucijada, alumbrada, como hemos dicho, por las antorchas de los personajes que la poblaban momentáneamente.

— ¡ Ah! ¡ pardiez! ya estoy en ello, exclamó de repente Mr. Jackal, golpeándose la frente con un movimiento tan brusco y tan inconsiderado, que estuvo á pique de perder el equilibrio, y el movimiento que dió á la cuerda, le obligó á hacer, durante algunos segundos, un movimiento de ro-

tación, semejante al de un pollo que se quemase al extremo de un bramante.

Concluyó por calmarse el movimiento, y Mr. Jackal quedó libre de él; pero á costa de la pérdida de sus anteojos que cayeron al fondo del pozo.

Pero Mr. Jackal registró en aquel bolsillo fantástico que ya hemos dicho, sacó de él un estuche, y de aquel estuche otro par de anteojos que se puso, no sobre la nariz, sino sobre la frente, sólo que los vidrios de estos anteojos, en vez de estar teñidos de azul, lo estaban de verde.

— Ya estoy, continuó Mr. Jackal, hé aquí mis sesenta mozos. Ahora ya sé dónde han pasado. Estamos en las Catacumbas. ¡ Ah! ¡ ah! ¡ ah! ¡ y el señor prefecto de policía que pretende conocer todas las salidas!

Y en efecto, Mr. Jackal estaba en lo cierto; aquella bóveda que se desarrollaba delante de sus ojos, aquella enrucijada que limitaba su perspectiva, era un rincón del inmenso y fúnebre subterráneo que se extiende desde Montrouge al Sena, y desde el Jardín de las Plantas á Grenelle.

En cuanto al señor prefecto de policía, como juiciosamente lo hacía observar Mr. Jackal, se equivocaba cuando pretendía conocer todas las salidas del inmenso osario. Las salidas de las Catacumbas dependen numéricamente del capricho del primer habitante de la ribera izquierda, puesto que para añadir una salida nueva á las mil salidas que ya tienen, basta, como en el arrabal de San Marcelo, abrir un agujero de veinticinco á treinta pies.

En el momento en que Mr. Jackal acababa de hacer, con grande alegría suya, aun cuando era un poco tardío, aquel importante descubrimiento, oyó el ruido de bravos y aplausos, seguidos del grito algo sedicioso en esta época de que nos ocupamos, de

— ¡ Viva el emperador !

— ¡ Viva el emperador ! repitió Mr. Jackal, mezclándose inocentemente á la sedición. ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ pero qué estúpidos son ; pues si hace seis años que ha muerto el emperador !

Y como para aclarar sus ideas, con una dificultad inaudita en su posición, metió Mr. Jackal la mano en su bolsillo, sacó la caja, y se introdujo con rabia un buen polvo en la nariz.

El mismo grito se oyó por segunda vez ; pero con más entusiasmo aún que la primera.

— Con mucho gusto, dijo Mr. Jackal ; pero os repito que el emperador ha muerto. Hasta Mr. Beranger ha hecho una canción á ese asunto.

Y se puso á cantar :

Me han cogido españoles en su nave.

Mr. Jackal sabía todas las canciones de Beranger.

Mr. Jackal fué interrumpido en su canto por el tercer grito de ¡ viva el emperador !

En seguida, todos los personajes, un instante agitados y confundidos, volvieron á ocupar sus puestos, á excepción de uno, que permaneció en pie, y que pareció querer pronunciar un discurso como el primer orador.

— En último resultado, dijo Mr. Jackal, que continuaba pensando en lo que podría ser aquel extraño conciliábulo, esos bravos son tal vez viejos militares inofensivos, que viven ahí desde 1815, y que aun no saben la muerte de su emperador ; será una verdadera caridad darles esta noticia : ¡ qué desgracia no poder asistir de más cerca á sus debates, y estar privado del placer de su conversación,

que debe ser tan pintoresca como la de Epiménides, si como presumo, viven hace doce años en ese país !

De repente se le ocurrió una idea á Mr. Jackal.

— Pero ¿ por qué, dijo, no he de oír yo lo que va á decir el orador ? Me parece que no depende más que de mí.

En seguida, levantando la cabeza hacia la boca del pozo, gritó :

— Teneos siempre firmes ahí arriba.

— ¡ Oh ! no tengáis miedo, Mr. Jackal.

— Entonces, bajadme un pie ó dos.

Aun bien no se había dado la orden, cuando fué ejecutada.

Entonces, gracias á su bastón, con el cual podía tocar la pared del pozo, dió Mr. Jackal á la cuerda un movimiento de oscilación, igual al de la péndola de un reloj ; movimiento que llegado á cierto punto, le permitió pasar á través de la abertura del pozo, agarrarse á una piedra, y sentar el pie en el mismo terreno que aquellos cuyos secretos quería sorprender.

Una vez en tierra firme, soltó el gancho de su cinturón, é inclinándose hacia el pozo, donde colgaba de nuevo la cuerda, gritó á sus polizontes :

— Manteneos ahí, hijos míos, y no os meneéis hasta que yo os lo diga.

Mr. Jackal, con paso tan ligero como el animal, cuyo nombre llevaba, avanzó hacia la encrucijada donde se celebraba la reunión napoleónica.